

EL INDIO DE EDUARDO LUQUÍN: LAS AGUAS

SUBTERRÁNEOS DE LA HISTORIA DE MÉXICO

Tomás Bernal Alanís*

"Vamos adentrándonos en la vida indígena. Un Atisbo aquí, un indicio allá. Vislumbres fragmentarios; raramente visión plena"

Moisés Sáenz

La historia de México es la crónica incesante de las memorias y los olvidos. Estos dos recursos hacen de nuestro pasado la búsqueda inacabable de lo que se quiere mostrar y lo que se quiere ocultar.

Desde la misma conquista se vislumbraron los códigos que atravesarían la historia de México en un proceso constante de lucha por recuperar el pasado para inventar el presente y edificar el futuro.

La construcción de México como nación se vió envuelta en los velos de la desesperanza y la ilusión. Se hacía hincapié en lo que debería de permanecer, y en su contraportada, lo que debía desaparecer.

El imperativo kantiano del deber ser, se circunscribía al papel de la creación y de la fábula, donde el historiador se convertía en el narrador de una historia de múltiples rostros que se veían reflejados en el espejo de la realidad y el pasado histórico. La

* Depto. De Humanidades, UAM-Azcapotzalco

visión maniqueísta aparecía en escena para reducir el retrato de la historia nacional, en un montón de buenos mexicanos frente a otro grupo de “malos mexicanos”.

El tejido de la historia de México se estaba trenzando. Los vencedores (españoles, criollos, mestizos...) se oponían a los vencidos (indígenas, pobres...), para encontrarse en el carnaval de disfraces, que según Octavio Paz, nos había reducido a ser unos eternos peregrinos en nuestra propia soledad.

El presente ensayo, tomando como base la novela *El Indio* de Eduardo Luquín, nos invita a la reflexión de lo que el indígena ha significado en la historia de México, en sus cauces históricos y literarios para explicar la permanencia de viejas ideas con nuevas creencias, en un mundo, en el cual, los horizontes siguen abiertos.

Las viejas voces

El vetusto pensamiento porfirista encontró a finales del siglo XIX las columnas de su justificación ideológica en las teorías evolucionistas y positivista de la lejana Europa.¹ Los pensadores como Gabino Barreda, Justo Sierra, Esteban Maqueo Castellanos, Pablo Macedo, Julio Guerrero, Carlos de Roumagnac, entre otros, eligieron las grandes visiones de la historia creadas por Augusto Comte, Charles Darwin y Herbert Spencer.

Se basaron en la teoría de los tres estadios: teológico, metafísico y positivo. Obviamente la primera, obedecía a la época prehispánica llena de dioses y de un ritual violento y sangriento. La segunda, al periodo de anarquía surgido de la revolución de

1 Para una mayor información véase William D. Raat. *El positivismo durante el porfiriato*. México, SEP, 1975.

independencia hasta la guerra de tres años, y la tercera, se ajustaba a las normas impuestas por una sociedad fuerte y progresista (léase porfirismo).

Con este tipo de explicaciones organicistas (Herbert Spencer), evolucionista (Charles Darwin) y positivistas (Agusto Comte), el credo de la explicación porfirista de la historia obedecía a una lógica de lo simple a lo complejo, de lo heterogéneo a lo homogéneo.

Las viejas ideas liberales se transformaron en nuevas creencias positivistas. El papel del individuo en la historia, las fuerzas morales y materiales para transformar la naturaleza, los derechos individuales expresados en esa “ética protestante” que tanto aportó al capitalismo según Max Weber, el proceso de transformación del caudillismo al de ciudadanía fueron algunos de los factores que permitieron imprimir en la época de Díaz la divisa del orden y el progreso.²

La transición de las ideas liberales hacia las ideas positivistas encontraron en la situación indígena un problema para lograr desarrollar una visión capitalista en la economía mexicana y un proceso de centralización del poder político.

Las viejas comunidades indígenas (o pueblos) eran rescoldos para lograr un avance en la integración de una economía agrícola moderna y tecnificada para un mercado nacional más amplio, y por lo tanto, para un mercado mundial. Porque su idea de la producción se basaba en un modelo de subsistencia, de una

2 Hale, Charles A. *La transformación del liberalismo mexicano a finales del siglo XIX*. México, Vuelta, 1991. El autor hace un espléndido recuento de la generaciones liberales y positivistas que encontraron en el porfirato el espacio social donde recrear sus intereses en busca de un beneficio nacional.

economía autárquica, que no veía en un espacio regional o nacional un elemento potencial de crecimiento y expansión.

Por otro lado, el aspecto político y jurídico que debería acompañar este proceso se veía entorpecido por la autonomía de los pueblos indígenas en su organización política, respecto a un poder central que buscaba su fortalecimiento y extensión sobre el territorio nacional.

De ahí que la condición del indígena, se convirtiera en un problema; planteado anteriormente en las líneas de una economía en crecimiento y una fortaleza del poder central. Es lo que establece el historiador William D. Raat como, la condición estructural que empeoró la situación de la población indígena durante la segunda mitad del siglo XIX. Los intelectuales negaron al indio como ciudadano mexicano, por no ser un *homo economicus* y por su insistente rechazo al cambio y al progreso.

También el Estado liberal y después el porfirista, emprendieron la aventura por generar una imagen de un país fuerte, democrático, civilizado y moderno. Para ello, usaron la imagen del indígena como parte de “nuestro orgullo nacional” que estaban siendo integrados al ferrocarril del progreso. Idea que fue generada por políticos, literatos, antropólogos y “hombres de ciencia” de México hacia el exterior, y una de las expresiones más acabadas fueron las ferias internacionales que realizaron de México en el escaparate mundial. Los mercados mundiales y la expansión del capitalismo hicieron de estos hombres “los magos del progreso”, palabras del historiador Mauricio Tenorio Trillo, que trataron de borrar la pobreza de un mundo donde se inventaba la riqueza.³

3 Tenorio Trillo, Mauricio. *Artilugio de la nación moderna, México en las exposiciones universales 1880-1930*. México, FCE, 1998. Con su inteli-

Aparecieron en el Porfiriato obras claves para entender esta situación de la población indígena: José López Portillo y Rojas con *La raza indígena* (1904), Andrés Molina Enríquez con *Los grandes problemas nacionales* (1909), y Esteban Maqueo Castellanos en *Algunos problemas nacionales* (1909).

En dichas obras se exponían las causas del atraso de la población indígena: el alcoholismo, la cuestión religiosa, la propiedad comunal, su “inmadurez moral e intelectual”, como componentes determinantes de su proceso histórico y evolutivo. Eran las rémoras de un país grandioso, moderno, y que entraba a la cena de la civilización, a los ojos de un liberalismo

La lluvia de balas

Como lo expreso el maestro Agustín Yañéz, México se encontraba “al filo del agua”. La sociedad decadente porfiriana tuvo que ceder su lugar a las nuevas fuerzas sociales que pugnaban por rescatar la historia que se había olvidado.

La viejas elites vieron pasar ante sus ojos atónitos a esa “bola” de pelados que con sus marchas hacían temblar el suelo. Ya no eran “ciudadanos imaginarios”, ahora eran las huestes de nuevos caudillos y estaban a las órdenes de otras ideas e intereses.

La historia iniciaba un proceso de cambio en el rostro del mexicano. Un nuevo humanismo aparecía en el horizonte intelectual de México. El grupo de “El Ateneo de la Juventud”, fundado el 28 de octubre de 1909, iba a reflejar con precisión los destinos y retos que requería el país para encontrar un rostro

gencia inusual y su gran sentido de síntesis, Mauricio Tenorio Trillo reconstruye la formación de la identidad nacional basada en el marketing moderno: imagen y palabra en aras de la modernidad

más acorde a la realidad nacional. Y como lo ha dejado asentado el estudioso de las ideas en México, Patrick Romanell: “Pese a la heterogénea composición de la sociedad, sus miembros estaban animados por una finalidad común: levantar el espíritu de un país desmoralizado”.⁴

Esta concepción histórica encuentra su sostén en las dicotomías: tradición-moderno, campo-ciudad, mestizo-criollo, entre otras, para intentar explicar los fundamentos psicológicos, históricos y filosóficos de las formas de pensar y actuar de los distintos grupos del tejido social mexicano.

Así se justifica el sentido trágico de la esencia del mexicano –en el mejor sentido del término usado por Miguel de Unamuno– como un choque de culturas que van a definir las correlaciones de fuerza en el devenir de la historia de un país. El caso de México, se representa por la conquista y su posterior secuela en el espíritu de imitación o complejo de inferioridad (que han descrito Leopoldo Zea, Samuel Ramos, Octavio Paz, entre otros), que hacen de lo extranjero un modelo de matriz explicativo sobre la condición de lo que se quiere entender por lo mexicano.

Ante esta posición de hondas raíces filosóficas se conforma un patrón abstracto de comportamientos generalizables a ciertos grupos de la sociedad mexicana. En este caso, el que nos interesa es el sector indígena en su relación con un mundo más amplio, escenificado en el mundo ladino o blanco.

El reto era romper con tres siglos de sometimiento y obediencia a un poder que había desplazados sus antiguas creencias

4 Romanell, Patrick. *La formación de la mentalidad mexicana*. México, El Colegio de México, 1954. p. 70. Estudios comparativos de la visión épica americana y la visión trágica latinoamericana, como conceptos que especifican dos formas opuestas de desarrollo histórico que han marcado las diferencias entre ambas culturas: la anglosajona y la iberoamericana.

y formas de vida por un pensamiento fijado en la razón y verdad de los hechos demostrables. El pensamiento racional (de larga tradición en occidente) obedecía a una lógica que contradecía y a veces complementaba la visión del mundo indígena.

La integración y posterior dependencia obedecía a esa lógica de superposición de estructuras mentales en representaciones sociales, como lo establece el mismo Eduardo Luquín para explicar la permanencia de ciertos estudios de dominación: “La conquista los hizo un pueblo de esclavos; ignoraban la libertad que les dio la independencia, y cuando la supieron, no les valió para nada”.⁵

El reconocimiento posterior de una independencia alcanzada, no garantizaba en plena forma al indígena la seguridad para ser reconocido como ciudadano con todos sus derechos y obligaciones que la ley establecía. El viejo problema del deber ser y el ser, encontraba en el eco de esas viejas aguas subterráneas, la explicación de un derrotero establecido por una imposición cultural, económica, política y social.

Ni las propias balas lograron romper con esas lógicas de dominación del mundo blanco sobre el indígena. Lo que siguió generando dos mundos distintos completamente en un espacio social llamado, la nación mexicana.

Indio y Revolución

El viejo problema indio reforzó su presencia en la escena nacional. La búsqueda de soluciones progresistas de la historia enlazaron la condición imperecedera de la condición indígena.

5 Luquín, Eduardo. *El indio*. México, Herrero Sucursales Hnos. 1923. p.2
El autor es consciente de este trauma histórico —la Conquista— que refleja claramente el sentido trágico de la vida.

La revolución hecha gobierno, predecía por lo menos en sus discursos, una solución tan largamente retardada. Los frutos de la contienda bélica se deberían recoger en los campos y ciudades del territorio nacional.

Aunada a esta preocupación política de los gobiernos posrevolucionarios, aparece la Antropología, como una ciencia por estudiar al otro. En México es ineludible la relación histórica que se ha mantenido entre el Estado y la ciencia antropológica, que ha dado como producto una institución discursiva y práctica: el indigenismo.

Por ello: "El indigenismo desde principios de siglo defendió la integración de razas y culturas, la imposición de una sola lengua nacional y el equilibrio entre todos los sectores de la población... Se estableció la idea de la educación del indio como vehículo para la acción reformadora. Se insistió en el respeto a la persona del indio y a su cultura, pero a su vez cobró fuerza la idea de integrar al indio a la vida nacional".⁶

Ideas centrales en este discurso reformador para establecer la políticas hacia la población indígena: homogeneidad racial y cultural, integración económica y representación política. Los voceros de esta política fueron entre otros: Manuel Gamio, Vicente Lombardo Toledano y Alfonso Caso.

Pero también la educación apareció como la panacea para solucionar el problema indígena. Los trabajos pioneros de Moisés Saénz, Rafael Ramírez, el mismo José Vasconcelos, proyectaron la redención de los grupos indígenas por medio de la enseñanza de una lengua: el castellano.

6 Bigas Torres, Sylvia. *La narrativa indigenista mexicana del siglo XX*. Jalisco, Universidad de Guadalajara/Universidad de Puerto Rico, 1990. p. 49 La aparición del indigenismo —en forma clara— después de la Revolución, marca un hito institucional por parte del Estado para tratar de solucionar el problema indígena.

Así como las misiones culturales, la construcción de escuelas, las brigadas sanitarias y la casa del pueblo significaron un avance en el intento de la integración del indígena a la vida nacional, por otro lado, las creencias y tradiciones mantenidas en las comunidades indígenas significaron un obstáculo real para dicho proceso de integración.

La antropología fue un claro soporte de explicación para generar una justificación por modernizar a las comunidades indígenas en un supuesto plano de igualdad social y cultural. Sólo con ellos, se pensaba, México se iba a convertir en una sociedad moderna. Los resabios del pasado, eran un lastre que había que combatir en aras de un proyecto económico modernizador y un sistema político centralizado.

Lo indígena y la literatura

Hay un largo rescate por lo indígena dentro de la forma escrita. Desde la conquista se aprecian puntos de vista a favor o en contra de ella. La discusión se ha convertido con el tiempo en esos temas que atraviesan la línea del trabajo mexicano para insertarse como realidad permanente e indiscutible.

Lo indígena se convirtió en la época posrevolucionaria en un problema real y difícil de solucionar. La gran veta que abrió la novela de la revolución mexicana dio pie a una corriente de literatura indigenista que es definida así por Sylvia Bigas Torres: “Esta tiene como centro al indio contemporáneo, el que en una forma u otra vive más o menos segregado del resto de la población mexicana, separado además por diferencias de raza, lenguaje, costumbres y tradición”.⁷

7 Bigas Torres, Sylvia. Op. Cit. p.53

Una de esas manifestaciones es la novela de Eduardo Luquín, *El indio* publicada en 1923. Donde se nos presenta la vida apacible de un pueblo indígena que se desenvuelve en la tranquilidad, lejos, de los centros urbanos.

El personaje principal lleva una vida rutinaria: "...hacía mucho tiempo que vivía la misma vida, se sentaba en la misma piedra, repetía los mismos movimientos y silbaba los mismos aires".⁸ Escena que nos ha dado el estereotipo del indígena apacible que ve pasar la vida con su interminable paciencia.

Como muchas de las novelas indigenistas, la irrupción de esa tranquilidad obedece a la llegada del hombre blanco o a un acto de incursión de repercusiones más amplias que modifica la forma de vida de la comunidad indígena: "La vida continuaba así: tranquilamente, cuando se tuvo noticia que el movimiento revolucionario se había iniciado...La revolución había cundido rápidamente con sed de sangre y de venganza, con sus robos, con ataques injustificados y violentos, propios de esta clase de agitaciones".⁹ Juan ve en la Revolución –llamada popularmente "la bola"– la oportunidad de poder escalar socialmente y tener una relación más horizontalmente con el hacendado donde trabajaba, todo en pos del amor que siente por su hija.

Su valentía y honradez le permiten obtener rápidos triunfos –para su condición social: ser indígena. Con esto, logra obtener el grado de mayor en el ejército. Esta "situación artificial" le crea las condiciones para aceptar el reto de comunicar su amor a la hija de su antiguo patrón.

Pero al no ser comprendido por ella y ante su negativa de brindar su amor, él sufre una decepción muy fuerte y se da cuenta

8 Luquín, Eduardo. *Ibíd.* p. 12.

9 Luquín, Eduardo. *Op. Cit.* p. 36.

del abismo social que sigue existiendo entre ambos. Los mundos diferentes se expresan entre el patrón y el trabajador, el blanco y el indígena, la gente de razón y los salvajes.

Para Juan, el problema no era intentar escalar una posición social más alta, sino el encontrarse con toda una estructura social que reforzaba esa diferencia de estatus en términos determinantes de una cuestión racial (biológica), que no permitía romper las barreras de un mundo social organizado con base a valores diferenciados y reproducidos tanto por el mundo blanco como por el mundo indígena.

Su derrota de antemano no se encontraba en el presente sino en el pasado, cargado con una serie de prejuicios que hacían del lastre indígena no sólo un problema individual sino una cuestión colectiva que emergía de lo más profundo del comportamiento y conformación de una conciencia de identidad del mexicano, tanto en términos históricos y psicológicos como biológicos.

Situación que constituyó el contexto ideal para el surgimiento del pensamiento indigenista, como una respuesta institucional por parte del Estado a la problemática indígena. Dialéctica innegable de la existencia y de la búsqueda de soluciones en un proceso lleno de contradicciones que creció paralelo con el porfiriato y que alcanzó su máxima expresión en los ideales integracionistas y redentores hacia la población indígena.

Con esto recuerda su condición y su situación frente a algo que no puede acceder fácilmente: "Cuando tuvo algunas ideas más o menos claras de la vida, cuando se dio cuenta de su triste situación de peón, y por primera vez sintió el aguijón de la envidia, deseos de vestir una bonita pantalonera, de montar potros finos que lucir los domingos al derredor de la plaza de armas, a la hora de la salida de la misa a que asistía la hija del patrón,

su tristeza primitiva de indio fue convirtiéndose lentamente en una especie de rebeldía".¹⁰

Así al no conseguir el amor deseado, se regresa al campo de las batallas y a la vida galante que pueden ofrecer las ciudades. Idea que el autor remarca de la siguiente forma: "En la ciudad había mujeres bonitas, facilidad de divertirse y olvidar las penas en medio del bullicio y del ruido callejero".¹¹

Su final, sólo se conoce a través de un informe donde se dice que fue un hombre valiente y leal, que cumplió con los principios de la Revolución.

Consideraciones finales

La novela de Eduardo Luquín, *El indio*, no hace más que afirmar una larga tradición de luchas sociales al interior de las sociedades latinoamericanas y mexicana entre dos mundos diferentes: el mundo blanco y el mundo indígena.

Esa diferenciación de estructuras sociales, económicas, políticas y culturales que se estableció a partir de la conquista española y reforzada por el siglo XIX, dio pauta para la aparición de las novelas de corte indigenista como las de: Clorinda Matto de Turner, *Ave sin nido* (1900), Alcides Arguedas, *Raza de bronce* (1919), Jorge Icaza, *Huasipungo* (1934), Ciro Alegría, *Los perros hambrientos* (1939), entre otras.

Y en el campo de las letras mexicanas la aparición de trabajos literarios y etnográficos de Manuel Gamio *De vidas dolientes* (1937), Francisco Rojas González *El diosero* (1952) y *Lola Casanova* (1947), así como *Juan Pérez Jolote* (1952) del

10 Luquín, Eduardo. Op. Cit. pp. 26-27

11 Luquín, Eduardo, Op. Cit. p. 73

antropólogo Ricardo Pozas, hasta rematar en obras de José Revueltas y Juan Rulfo, donde se escuchan los ecos de Eduardo Luquín, y la obra homónima de Gregorio López y Fuentes, *El Indio* (1935).

La novela de Luquín abrió y reafirmó muchas de las ideas que se tenían y se siguen teniendo como punto de referencia ineludible para la creación literaria de la llamada novela indigenista: los mundos polarizados de la comunidad indígena y las ciudades, lo regional y su contraparte lo nacional, la integración del mundo indígena a la comunidad nacional, lo tradicional y lo moderno, el mundo de la magia y el de la ciencia, en fin, ese México profundo que sigue navegando en las aguas subterráneas de la historia de México.

Estos temas y preocupaciones siguen presentes, la mirada sobre el indio no ha variado mucho, pero su existencia es innegable entre nosotros. O como algún día lo expresó el maestro José Vasconcelos: “En todo caso, hemos llegado a tal punto de incoherencia espiritual y política que es necesario comenzar por reafirmarnos. La tarea primordial está en consumir el rescate de nuestra personalidad”.¹²

Personalidad de la que se han preocupado Miguel Angel Asturias, Pablo Neruda, Alejo Carpentier, Carlos Fuentes y muchos más, que por medio de sus obras, nos han legado la preocupación de buscar ese ser perdido en el árbol genealógico del mestizaje.

12 Vasconcelos, José. *Indología. Una interpretación de la cultura iberoamericana*. Barcelona, Agencia Mundial de Librería, 1926. p.17

Bibliografía

- Bigas Torres, Sylvia. *La narrativa indigenista mexicana del siglo XX*. Jalisco. Universidad de Guadalajara/Universidad de Puerto Rico, 1990.
- Gamio, Manuel. *Forjando Patria (ProNacionalismo)*. México, Librería de Porrúa Hermanos, 1916.
- Hale, Charles A. *La transformación del liberalismo mexicano a finales del siglo XIX*. México, Vuelta, 1991.
- Luquín, Eduardo. *El indio*. México, Herrero Sucursales Hnos, 1923.
- Marzal, Manuel M. *Historia de la antropología indigenista: México y Perú*. Barcelona, Anthropos/UAM-Iztapalapa, 1993.
- Raat, William D. "Los intelectuales, el positivismo y la cuestión indígena" en *Historia Mexicana*. Vol. XX, No. 3. México, El Colegio de México, 1971. pp. 412-427
- Raat, William D. *El positivismo durante el porfiriato*. México, SEP, 1975.
- Romanell, Patrick. *La formación de la mentalidad mexicana*. México, El Colegio de México, 1954.
- Tenorio Trillo, Mauricio. *Artífugio de la Nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930*. México, FCE, 1998.
- Vasconcelos, José. *Indología. Una interpretación de la cultura Ibero-Americana*. Barcelona, Agencia Mundial de Librería, 1926.